

más delicada, más elegante; había más riqueza en sus cabellos y más vida en su tez. En 1815, pasada ya su primera juventud, era tan grande su fama entre los pintores, que el emperador Alejandro de Rusia durante su estancia en París quiso conocerla, y la dió para sus «papillotes» un fajo de billetes de mil rublos. También se dice que la duquesa de Angulema quiso conocer a Celina y le hizo un regalo. Yo la encontré un día en el estudio del señor Forbin cuando aun era hermosa, pero estaba ya gruesa. De esto hace cuarenta años... Todavía vive.

Salí del aposento del señor Dubois con el alma rebotante de visiones en las que se confundían las épocas de un modo extraño, y me obsesionaba la sombra de Celina. Durante algunos días aquella sombra me ocultaba el mundo; la veía en todas partes. Yo estaba loco; más que loco, idiotizado.

## XVIII

## LAS FLORES SE MARCHITAN

No me fué posible interesar a Fontanet y a Alsine cuando les hablé, en el jardín del Luxemburgo, del señor Dubois, de Gerard, de *Psiquis y el Amor*. Fontanet, que se había matriculado en la Escuela de Derecho, sólo se preocupaba de heredar los triunfos forenses de Berryer, y Alsine no apartaba sus ojos febriles del alfabeto fenicio que acababa de descubrir; por lo cual ensalcé inútilmente la belleza de Celina, ante la estatua de Velleda que se alzaba entonces blanca y pensativa en el laberinto donde las abejas zumbaban en torno de los citisos en flor. En el delicioso jardín se oía el continuado y suave murmullo de los plátanos; el aroma pérfido de los jazmines embalsamaba el aire, y todo nos advertía que las horas son fugaces y que nada es duradero.

Algún tiempo después fui a ver a Celina en el salón imperial del Museo del Louvre, donde las mujeres con chales rojos, los coraceros heridos, los apestados del hospital y los ejércitos en batalla, los desterrados que vuelven a su hogar destruido, la Justicia Divina que persigue el crimen, Leonidas y

las Savinas, los Héroes y los Dioses, celebran a Napoleón y su siglo. Entre aquella muchedumbre, entre tanta gloria, la encontré muy hermosa todavía, pero sus pupilas habían perdido el misterioso matiz y no eran ya excelsas flores; el óvalo de su cara, más alargado, ya no placía tanto; el cuello, menos flexible, ya no recordaba a la vez el de Venus y el de sus palomas. Y me convencí de que la primera Celina, la verdadera Celina, era más adorable. Después de conocer a esa otra Celina, fuí a la sala rectangular, donde ante cada cuadro famoso había un artista encaramado en su taburete. Abundaban las mujeres; una de ellas tenía tirabuzones rubios, un cutis deslumbrante y una boca horrible, que se cubría con la mano en actitud reflexiva cada vez que alguien se acercaba. Casi oculto por el cuerpo de esta musa, reconocí a mi vecino y amigo el señor Menage, que copiaba por vigésima vez *La Bella Jardinera* de Rafael.

Dudo que, según suponía mi padrino, jamás quemara su ponche en la concavidad de una calavera, pero en sus principios había soñado glorias y fortunas; había creído que su *Edwige de cuello de Cisne* atraería a las muchedumbres entusiasmadas. Entonces era truculento, era romántico, y lo era más por espíritu de imitación, común a la mayoría de los hombres, que por su propio genio, en el fondo muy razonable.

No podía resistir a David y su escuela; el solo nombre de Girodet le indignaba; Rafael e Ingres

eran su pesadilla; aparte de lo cual, su gusto mostróse flexible y su carácter franco.

—No debemos creer—decía—que sólo haya una manera de dibujar y de pintar, porque todas son aceptables cuando producen el efecto deseado.

Decía también:

—Antes de juzgar una pintura debe indagarse lo que el pintor se ha propuesto y tener en cuenta los sacrificios que realiza para darnos a conocer su propósito. Un pintor genial se impone todos los sacrificios necesarios, por muy grandes que sean.

De sus exageraciones conservaba sólo el sombrero a lo Rubens y el pantalón bombacho. En la madurez de su existencia, sin esperanzas y sin recursos, le dolía verse obligado a hacer copias mal pagadas para vivir. Y a pesar de todo, aún ostentaba la risueña satisfacción que la práctica del arte impone hasta a los menos afortunados.

Me dedicó una sonrisita amarga, y me dijo:

—¿Cómo está tu madre, Pedrín? ¿No quiere que yo haga su retrato? Procura convencerla.

Estuvo algunos momentos silencioso mientras pintaba. Luego, con el pincel que tenía en la mano me señaló el cuadro que reproducía, y adujo:

—Ese maldito sapo—se refería a Rafael—sólo se preocupa de ocultar su esfuerzo. No se advierte la pincelada, no se adivina en parte alguna la mano. Esto no es pintura; es laca, esmalte, cualquier cosa menos verdadera pintura. Se puede pintar liso; el Ticiano y el mismo Rubens pintan liso con frecuen-

cia, pero acentúan el color. Aquí nada revela voluntad ni propósito. ¡Chino, más que chino! Ingres también es un chino. ¡Y hay quien admira estas cosas! ¡Ignorantes!

Aproveché la primera oportunidad para decirle al señor Menage, en tono de aficionado experto, que le hizo sonreír, el motivo de mi visita al Louvre. Y añadí con desenvoltura:

—Es una modelo conocida la que sirvió a Gerard para su *Psiquis*.

—No lo dudo—murmuró el señor Menage, indiferente.

—¿Era muy hermosa Celina?

—Eso dicen... yo no la conocí en su juventud.

—La utilizaron para alguna de sus obras Gerin, Girodet, y últimamente Hersent.

—¿Todos esos mixtificadores? ¡Qué desgraciada fué!

—Pero ¿es cierto que vive todavía?

—¡Si tú la conoces! Vive en tu misma casa; en el fondo del pasillo donde yo tengo mi estudio.

—¡Celinal!

—Sí, Celina. Celina Cochelet.

—¿Qué me dice? Aquella mujer tan hermosa, con sus cabellos de oro, sus ojos de violeta...

—¡Naturalmente! Las flores... se marchitan.

## XIX

## LAS PORFÍAS DEL SEÑOR DUBOIS

Al señor Dubois le agradaba mucho asombrar a mi madre. Un día la sorprendió con un libro en la mano; era una obra de Nicole que ella no abandonaba jamás, como si la leyera continuamente, y que nunca leía; pero segura de que era un libro admirable, tal vez se prometía lograr alguna enseñanza a fuerza de tenerlo entre las manos, como los cólicos se curan con la oración de Santa Catalina puesta sobre el vientre. Aquel libro motivó un diálogo acerca de la moral, que el señor Dubois definía: «la ciencia de las leyes naturales o de las cosas que son buenas o malas en la sociedad de los hombres».

—Siempre es lo mismo—añadió—porque la Naturaleza no cambia. Hay una moral para los animales y hasta para los vegetales, puesto que tanto para los unos como para los otros hay una conformidad y una disconformidad con la Naturaleza, y por consiguiente un bien y un mal. La moral del lobo le obliga a devorar corderos, y la moral del cordero a comer yerba.

Mi madre, que solo admitía la moral de los hombres, se indignó.

El señor Dubois la reprochaba su orgullo, que la impedía suponer a los animales y a las plantas capaces, como ella misma, del bien y del mal. Mi madre le aconsejó que compusiera un Tratado de Moral para lobos, y unas Máximas para las ortigas.

Al señor Dubois le agradaba herir el sentimiento religioso de mi madre, y se complacía en recitar el discurso que la tierna Zaira dirige a su confidente Fátima en el serrallo de Jerusalén:

A la infancia rodean atenciones, que son  
causa de sentimientos usos y religión.  
De falsos dioses fuera, como en París cristiana,  
creyente junto al Ganges, y aquí soy musulmana.

Solamente le parecía vituperable que Zaira considerase falsas las divinidades de la India, precisamente cuando al parecer las creía tan verdaderas como las otras.

Durante una epidemia de cólera que hizo víctimas a varios de nuestros conocidos, una tarde mi madre, mi padre y el señor Danquin hablaron de la muerte. Las afirmaciones de mis padres eran ortodoxas; es cuanto puedo decir; las de mi padrino indicaban la esperanza de encontrar en el otro mundo al Dios de los humildes que le había mostrado Béranger y por el cual sentía una fe amistosa y confiada.

El señor Dubois los oía y callaba, como si aque-

lla conversación no le interesase, pero cuando los tres hubieron acabado sus razones, el señor Dubois se acercó a mi madre y dijo:

—Escuche, acerca del capítulo de la muerte, al más profundo de los poetas latinos. Por desgracia no puedo traducir el tono y la armonía; pero escuche: «Nada nos preocupan ya los disturbios de »Roma en los siglos que precedieron al nuestro, »cuando toda el África se lanzó sobre el Imperio y »resonaba en el aire agitado el estrépito atronador »de la guerra. Pues bien: al dejar de existir disfru- »taremos de un olvido semejante.»

El señor Dubois preguntó a mi madre cuál era el día más funesto de la Historia.

Mi madre lo ignoraba.

—Es—adujo el señor Dubois—el día de la batalla de Poitiers, cuando en el año 732, la ciencia, el arte y la civilización árabes retrocedieron ante la barbarie de los francos.

El señor Dubois no era un fanático ni procuraba imponer a nadie sus ideas; hubiera preferido guardarlas para él solo como una distinción honorífica; pero era porfiado, y como estimaba de veras a mi madre porfiaba mucho con ella.

Sólo porfiamos con los que preferimos. Me sorprendió que un hombre de sus años gozara en tales cosas, porque yo ignoraba entonces que la edad no cambia el carácter.

## XX

### APOLOGÍA DE LA GUERRA

—Mis padres—dijo el señor Danquín—vivían en Lyon, donde yo nací. Era yo muy niño todavía, cuando una mañana bastante cruda mi padre me llevó a un muelle donde afluía muchedumbre de obreros, de burgueses, de mujeres, y me aupó sobre sus hombros para que yo viese al Emperador, que llegaba de Grenoble. Atravesó el puente del Ródano a pie. Le precedía un pelotón de jinetes a más de cien pasos de distancia; su Estado Mayor le seguía de lejos. Vi su cabeza enorme y su rostro pálido; su levita gris cruzada sobre su ancho pecho; sin insignias, sin armas; llevaba en la mano una rama de avellano con sus hojas. A medida que se acercaba, resonaban en los muelles innumerables aclamaciones que se confundían en una sola, inmensa. Aquel espectáculo no se borrará nunca de mis ojos.

El señor Dubois, más viejo que el señor Danquín, también conservaba el recuerdo de Napoleón.

—Yo vi—dijo—a ese hombre extraordinario en el ocaso de su fortuna, en 1812, al día siguiente de

la triste victoria de Moskowa. Acompañado de varios generales visitaba el campo de batalla cubierto de muertos y heridos, y aún parecía poseído por la inacción que le sobrecogió la vispera durante el combate. Herido ligeramente y descaminado, yo buscaba la cantina cuando me sorprendió su presencia. En aquel momento un coronel de la guardia le decía:

«—Señor: detrás de aquel barranco es donde hay más enemigos.

»Al oír aquellas palabras el rostro del Emperador expresó una indignación aterradora; y dijo con voz terrible:

»—¿Qué significa eso? No hay enemigos en un campo de batalla. Sólo hay hombres.

»He reflexionado mucho acerca de aquella frase y del tono en que fué pronunciada. No creo que revele en Napoleón un ansia de humanidad, pero pretendía disciplinar los sentimientos y someterlos al régimen político.»

En 1855 la guerra de Italia puso frente a frente a Francia y Austria. El combate que ensangrentó la Lombardía alarmó a mi madre. Desde la infancia sentía el terror de las guerras que pudieran quitarle a su hijo.

He aquí las palabras que le dirigió un día de aquel año el señor Dubois, y que ahora escribo conforme las retuve:

—En mi juventud un hombre, Napoleón, era el árbitro de la paz y de la guerra. Por desgracia de

Europa prefirió la guerra a la administración, en la cual manifestaba sin embargo notorio talento; pero la guerra le ofrecía glorias. Antes de Napoleón los reyes de todos los tiempos también preferían la guerra. Los hombres de la Revolución la fomentaron furiosamente. Hay motivos para temer que los poderosos financieros y los industriales, que poco a poco se adueñan de toda Europa, se muestren tan belicosos como los reyes y como Napoleón. Les interesa la guerra, tanto por la ganancia que les procuran los abastecimientos como por el relieve que la victoria dará a sus negocios. Siempre creemos que la victoria estará de nuestra parte; el patriotismo nos impide ponerlo en duda. A través de los tiempos decide las guerras un cierto número de hombres, y sorprende la facilidad con que esos hombres arrastran al pueblo. Los recursos que desde una época inmemorial se repiten, nunca fallan. Se exageran los ultrajes inferidos por el extranjero a nuestra nación, y se dice que sólo pueden lavarse con sangre; cuando en buena moral la crueldad y las perfidias inherentes a la guerra, lejos de honrar al pueblo que las comete le cubren de oprobio impeccedero. Se asegura que a la patria le interesa mucho alzarse en armas, y lo cierto es que la patria encuentra siempre su ruina en las guerras, las cuales sólo enriquecen a un reducido número de individuos. Y ni siquiera son indispensables tantos razonamientos; basta el redoble del tambor y una bandera agitada en el aire para que la muchedumbre corra con

entusiasmo hacia la muerte. A decir verdad, en todos los países la muchedumbre goza con la guerra, que la saca del horrible aburrimiento de la vida cotidiana, le asegura el vino y le ofrece aventuras. Cobrar la soldada, ver tierras nuevas, cubrirse de gloria: esto basta para arrostrar todos los peligros. Indudablemente los hombres adoran la guerra. Les procura la mayor satisfacción que pueden sentir en el mundo: la de matar. Es cierto que arriesgan la vida, pero la juventud no se preocupa de la muerte, y la embriaguez de la destrucción disfraza el peligro. Yo he tomado parte en una guerra, y pueden creerme si les aseguro que atacar y abatir al enemigo es para el noventa por ciento de los hombres una voluptuosidad junto a la cual resultan insípidos los más apasionados estremecimientos amorosos. Comparemos la guerra con la paz: los trabajos de la paz son largos, monótonos, con frecuencia difíciles y sin gloria para la mayor parte de los que en ellos se ocupan; las obras de la guerra son rápidas, fáciles y al alcance de las inteligencias más obtusas. Ni siquiera exigen mucho talento en los jefes, y al soldado no se le pide que reflexione. Todo el mundo puede tomar parte en la guerra; es el destino del hombre.

Ni una sola vez logró mi madre ponerse de acuerdo con el señor Dubois; temía, como el más terrible azote, la guerra detestada por las madres. No le agradaba tampoco aquella manera de juzgarla; prefería las excitaciones del señor Danquin, sa-

tisfecho de que los franceses impusieran la libertad en el mundo a bayonetazos, y seguro de que morir por la patria era la mayor y la más envidiable dicha.

Mi madre quedó pensativa un momento; luego recordó la canción que me cantaba en la cuna, y tarareó de un modo imperceptible:

... Ya es general,  
corre, vuela y llega a mariscal.

.....  
Esperando tales maravillas  
mi general se duerme en mis rodillas.